

33 **ALADINO**  
**la LAMPARA MARAVILLOSA**

CUENTO DE "LAS MIL Y UNA NOCHES"



**PRIMERO CUENTO**

H 480

# ALADINO

O LA LAMPARA MARAVILLOSA

Cuento de "Las Mil y Uno Noches"



Versión Española de JOSÉ MARÍA HUERTAS

Dibujos de FREIXAS (97)

COLECCION MIS PRIMEROS CUENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE ARGENTINA



Urgel 245 — BARCELONA

Gorostiaga 1650 — Bs. AIRES

COLECCIÓN

## MIS PRIMEROS CUENTOS

PUBLICADOS

- 1—Blancanieves.
- 2—Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.
- 3—La Cenicienta.
- 4—Barba Azul.
- 5—Pulgarcito.
- 6—Aladino o La Lámpara Maravillosa.
- 7—El Agua Milagrosa.
- 8—Los tres pelos del Diablo.
- 9—El Rey Cuervo.
- 10—Caperucita Roja.
- 11—La Vieja de los Gansos.
- 12—Floreccilla.
- 13—Un Sastrecillo Valiente.
- 14—La casita del Bosque Encantado.
- 15—Cascanueces y los ratones.
- 16—Gulliver, en el país de Liliput.
- 17—El Mago de Oz.

PRECIO DE CADA TOMO \$ 1.50

TERCERA EDICION: ABRIL DE 1940

Es propiedad en lo referente a los derechos en español  
de la presente versión e ilustraciones

Copyright, 1940 by EDITORIAL MOLINO

Impreso y editado en Buenos Aires (Argentina) - Printed in Argentine  
TALLERES GRAFICOS DE EDITORIAL MOLINO — BUENOS AIRES



UES señor, en la capital de un vasto y riquísimo reino de la China había, hace muchos años, un pobre sastre llamado Mustafá. Tan pobre era el infeliz, que apenas podía mantener a su mujer y al único hijo que tenía, llamado Aladino.

Afligido el pobre Mustafá por esta constante miseria y porque su hijo no quería seguir el oficio de sastre, apoderóse lentamente de él una terrible enfermedad que, minando su triste vida, concluyó por llevarle al sepulcro. Es decir, que se murió.

La mujer de Mustafá, comprendiendo que su hijo jamás ejercería el oficio del padre, pues no sentía incli-

nación alguna para ello, cerró la tienda en que vivieran hasta entonces, vendió los géneros y útiles de su marido, y se dedicó a su trabajo de hilar algodón, con lo que esperaba poder vivir con Aladino, aunque fuera una existencia modesta.

Pasó el tiempo. Aladino había ya cumplido sus quince años y era el muchacho más travieso de la ciudad. Y hete aquí que un día, en que se hallaba jugando en la plaza con otros muchachos, se paró junto a él un extranjero que, luego de contemplarle, llamó al chico y le preguntó si era el hijo del sastre Mustafá.

—Ciertamente, extranjero...—contestó Aladino.—Pero mi padre hace mucho tiempo que murió.

Al oír estas palabras, el desconocido, que parecía africano, abrazó al muchacho, en tanto se echaba a llorar con amargo desconsuelo.

—¿Cómo lloras así por mi padre?—preguntó el chico, asombrado.

—Es que soy tu tío—respondió el desconocido,—y Mustafá era mi hermano. Regreso tras de una larga ausencia y cuando esperaba verlo, me das la noticia de su muerte.

A continuación, el hombre quiso saber dónde vivía Aladino con su madre, le dió un puñado de monedas para que se las llevase, recomendándole anunciara a la viuda que iría a verla al otro día.

¡Demontres! ¡Y qué jubiloso fué Aladino en busca de su madre!

La buena mujer se enteró con el mayor asombro de la aventura de su hijo, pero manifestó algunas dudas acerca del parentesco que pretendía tener con ellos el extraño desconocido. El único hermano de Mustafá había muerto bastante antes que el pobre sastre.



Y LE PREGUNTÓ SI ERA EL HIJO DE MUSTAFÁ...

No obstante, al otro día Aladino fué a la plaza para esperar a su supuesto tío, que no tardó en llegar. Tras de abrazarle, le dió algunas monedas más para que su madre preparara una buena comida, pues quería pasar el día con la viuda de su hermano y el hijo. En efecto, poco después, el que se decía hermano de Mustafá acudía cargado con gran cantidad de hermosas frutas y costosas botellas de vino.

Y las pocas dudas que hasta entonces tuviera la viuda, se desvanecieron así que vió llorar al extranjero en cuanto fué evocado el recuerdo de Mustafá y, sobre todo, viéndole besar con cariño el sitio del diván que, en tanto vivió, ocupara el pobre sastre.

—No ha de extrañarte, hermana—dijo luego el africano, cuando cesó en sus transportes de dolor,—que no nos viéramos en todo el tiempo en que has estado casada con Mustafá. Salí del país hace más de cuarenta años y he permanecido durante todo este tiempo viajando por Asia y Africa, hasta que sentí irreprimibles deseos de volver a esta tierra querida. Muchas son las contrariedades y los peligros que he vivido, pero nada puede compararse al gran dolor experimentado cuando he sabido la muerte de mi querido hermano.

Sentáronse finalmente a comer, y mientras lo hacían, no dejaron de hablar del pobre sastre y, luego, del porvenir de Aladino, del que se comprometió a cuidar su flamante tío, cosa esta que llenó de gozo a la viuda de Mustafá.

Y aun mayor fué este gozo, cuando, a la mañana siguiente, el africano llevó a su sobrino a casa de un mercader de ropas hechas, para que le vistiese con sus mejores galas. Y no contento con esto, le llenó los bolsillos de dinero.



ACUDÍA CARGADO CON GRAN CANTIDAD DE HERMOSAS FRUTAS  
Y COSTOSAS BOTELLAS DE VINO...



UANDO Aladino se reunió al tercer día con el que creía su tío, se dedicaron a recorrer lo más notable de la ciudad y de sus alrededores.

Más tarde, comieron espléndidamente junto a un lindísimo estanque, situado en las afueras. Y luego, continuaron el paseo hasta que se hallaron muy lejos de la ciudad y al pie de altísimas y escarpadas montañas.

Llegó un momento en que el muchacho se quejó de hallarse muy cansado, mas su tío le animó para que siguiera, pues dijo que se proponía enseñarle un jardín tan hermoso que le parecería un paraíso.

Aladino se dejó convencer, y continuaron andando hasta llegar a un valle situado entre dos montañas no muy altas, cuyo aspecto no era ni con mucho lo bello que había esperado el muchacho.

Sin embargo, aquel era el lugar que el africano buscaba.

—Vamos a quedarnos aquí—dijo a Aladino.—Tendrás ocasión de contemplar cosas maravillosas, como nunca las viera mortal alguno. Ayúdame: busca todas las malezas y ramas secas que encuentres por aquí cerca.

El muchacho obedeció al punto. En corto rato reunió un gran montón de ambas cosas, y luego esperó con ansiedad lo que iba a hacer su tío.

El africano sacó fuego del pedernal con ayuda del eslabón, y pronto ardió una alegre fogata. Arrojó entonces a las llamas algo que produjo un perfume muy in-

tenso y un humo espesísimo. Al mismo tiempo, pronunció unas raras palabras, seguramente mágicas.

Bruscamente, la tierra se estremeció. Abrióse ante los asombrados ojos de Aladino y justamente al lado de donde ardía el fuego, quedó al descubierto una pequeña losa que tenía una gran argolla de bronce en el centro.

Ante todo aquello, Aladino, sintió mucho miedo y quiso echar a correr; pero fué detenido por el africano.

—¡Tonto!—ordenó.—¿Por qué huyes? Debajo de esa piedra existe un tesoro tal, que te hará el hombre más rico y poderoso de la tierra.

—¿A mí?—balbuceó el muchacho.

—A ti. Nadie más hay en el mundo a quien sea permitido levantar la losa y entrar en ese agujero. Yo mismo no podría hacerlo.

La noticia del tesoro hizo que Aladino olvidara su miedo y prometiera hacer cuanto le mandase su tío.

—Muy bien—dijo éste entonces.—Acércate... Pasa la mano por la argolla... ¡Así! Ahora pronuncia el nombre de tu padre y de tu abuelo, y tira de repente.

Hizo el muchacho lo que se le ordenaba y quedó alzada la losa, aun cuando parecía que no había de lograrlo, de tan grande y pesada como era.

El hueco abierto debaja ver unos cuantos escalones que conducían hacia el interior de la tierra.

El africano pasó su mano por el hombro de Aladino. —Oyeme bien—indicó,—y obedece exactamente cuanto voy a decirte. Baja esos escalones, al final de ellos encontrarás una puerta abierta que te conducirá a un gran salón, dividido en tres partes. A un lado y otro verás unos jarrones de bronce, repletos de oro y plata. ¡Guárdate de tocarlos! Al contrario, cuida de ceñirte el traje para no

219  
219  
-----  
2409 L  
40  
09  
40

rozar con él ni los jarrones ni las paredes. Recuerda que si esto sucede, ¡morirás! Una vez que hayas atravesado los tres departamentos del salón, llegarás a una puerta, tras la cual hay un magnífico jardín con hermosos árboles. Atraviesa ese jardín, en dirección a la escalera que verás en el fondo, por la que subirás a una azotea. Una vez allí, verás como un altarcito, y en él una lámpara encendida. Toma esa lámpara, apágala y guárdatela en un bolsillo, regresando en seguida. Al venir hacia aquí, puedes tomar del jardín cuantos frutos desees.

Luego de darle estas instrucciones, el africano puso una sortija en uno de los dedos de Aladino.

—Es para que te preserve de todo mal que pueda sucederte—explicó.

Así, pues, bajó el muchacho por aquel extraño subterráneo y, punto por punto, hizo cuanto su tío le había dicho.

Pero una vez dueño de la lámpara, ya sin miedo, se detuvo en el jardín, maravillado de lo que veía. Todos los árboles producían abundantes frutos, que eran perlas, esmeraldas, brillantes y, en fin, todas las joyas que os podáis imaginar, con un tamaño y perfección increíbles.

Aladino no sabía la riqueza que aquello significaba; pero le entusiasmaron tanto los colores de los frutos, que cogió cuantos pudo, hasta que le quedaron repletos todos los bolsillos.

Y hasta las manos llevaba llenas, cuando se presentó a la boca del subterráneo, donde le aguardaba el africano, ya impaciente.

—¡Al fin!—rezongó.—Dame la lámpara en seguida.

—Dame tú antes la mano para subir, querido tío—pidió Aladino.



AL MISMO TIEMPO PRONUNCIÓ UNAS RARAS PALABRAS

Porque el muchacho no podía darle la lámpara, sin antes vaciar sus bolsillos y dejar lo que tenía en las manos. Pero el tío se empeñó en que primero le entregara la lámpara y como el muchacho no quiso acceder a ello, demostró gran furia, hasta parecer enloquecido por la rabia.

En su frenesí, se echó de pronto hacia atrás y, acercándose al fuego, que aun continuaba ardiendo, le arrojó una porción del mismo perfume misterioso que ya antes utilizara, al tiempo que pronunciaba entre dientes unas cuantas palabras mágicas.

Y entonces la piedra de la argolla, sin que nadie la tocara, volvió a cerrar la boca del subterráneo; luego la tierra cubrió la losa y, finalmente, todo quedó igualito que cuando llegaron Aladino y su extraño tío.

Porque es bueno que sepáis que el africano no era ni mucho menos hermano del sastre Mustafá. Y por lo tanto, tampoco era tío de Aladino. En realidad, se trataba de un brujo africano que, después de muchísimos años de encantamientos, brujerías y otros mil procedimientos mágicos, había tenido conocimiento de una lámpara maravillosa, que haría a su dueño más poderoso que todos los reyes del mundo. También supo el brujo que la tal lámpara se hallaba en cierto lugar subterráneo de la lejana China y que a él, como brujo, le estaba vedado apoderarse de ella, necesitando para lograrlo una segunda persona.

Aladino fué el escogido para que le ayudase a apoderarse de la lámpara, si bien el brujo abrigaba el negro propósito de dejarlo en la cueva, tan pronto se hubiese apoderado del objeto mágico. De ahí su deseo de que le diera la lámpara antes de salir del subterráneo, pero



EL HUECO ABIERTO DEJABA VER UNOS CUANTOS ESCALONES  
QUE CONDUCIAN HACIA EL INTERIOR DE LA TIERRA...

viendo que no conseguía verse obedecido, se dejó llevar por la ira y dejó enterrado al muchacho con lámpara y todo.

Desde aquel momento, todo estaba perdido. Su poder no podía repetir que se abriera de nuevo la tierra y mucho menos la cueva subterránea.

Más furioso que nunca, se alejó del lugar y volvióse al Africa aquel mismo día, aunque cuidando de no pasar por la ciudad, para que nadie le hiciera preguntas sobre el desaparecido muchacho.



entretanto, ¿qué hacía el pobre Aladino? Naturalmente, al verse de pronto encerrado en el subterráneo, se puso a gritar con desesperación, asegurando a su falso tío que le entregaría en seguida la lámpara. . . . Luego, al no recibir respuesta, buscó por donde salir, y cuando se convenció de que esto no era posible, echóse a llorar hasta que cayó rendido, sin fuerzas.

Transcurrió aquel día y otro más, sin que el infeliz probara bocado ni bebiera una gota de agua. Mas, al tercer día, al implorar al Cielo para que le librase de su horrible suerte, la casualidad hizo que se restregara el anillo que llevaba en uno de los dedos y que le había dado el brujo.

Aquella sortija era mágica. Al ser frotada, hizo presentar ante Aladino un Genio gigantesco, que, inclinándose, gruñó:

—¿Qué deseas? Pide, que yo obedeceré tus órdenes como el más humilde de los esclavos.



SE APODERÓ DE CUANTO PUDO

Aladino no se asustó mucho ante la inesperada aparición. Le habían sucedido muchas cosas en poco tiempo y tenía unos enormes deseos de salir de su cárcel. Así que contestó:

—¡Quiero verme fuera de este horrible subterráneo! Apenas hubo dicho estas palabras, cuando abrióse la tierra y el muchacho se encontró fuera del oscuro recinto y en el mismo lugar donde el brujo le llevara. X

Entonces, Aladino sacó fuerzas de su debilidad para dirigirse a la ciudad en que moraba su madre. ¡Cuánto le costó llegar hasta su casa y cómo fué recibido en ella! Su madre ya lo daba por muerto.

Así que se hubo repuesto un poco, el muchacho contó a la buena mujer cuanto le había sucedido. ¡Ah, cuando la viuda de Mustafá se enteró de ello! De su boca salieron los peores insultos y mal lo hubiera pasado el brujo africano si en aquel momento la madre de Aladino hubiera podido ponerle las manos encima. X

Desahogada su justa indignación, la viuda hizo que su hijo se acostara. Tomó, sin concederles importancia, las piedras que Aladino le entregara, pues tampoco ella sabía que se trataba de joyas valiosísimas. Las metió en un saquito y fueron a parar a un rincón de trastos viejos que había en la casa.

Cuando Aladino despertó a la mañana siguiente, supo que su madre no tenía en casa ni un mal mendrugo de pan que ofrecerle para almorzar. La buena mujer se proponía hilar un poco para vender su trabajo y poder comprar comestibles. Pero su hijo no se lo permitió.

—No hay necesidad de que trabajes hoy—decidió.—Venderemos esa maldita lámpara que traje ayer y con lo que me den, podremos quizá comer un par de días.



HIZO PRESENTAR ANTE ALADINO UN GENIO

La viuda de Mustafá aceptó, pero como le pareciera que la lámpara estaba sucia, se puso a limpiarla. Mas apenas había comenzado a frotarla, cuando apareció ante la madre y el hijo un Genio gigantesco y con aspecto terrible, que preguntó con voz atronadora:

—¿Qué es lo que queréis? Estoy dispuesto a obedeceros, como esclavo que soy de esa lámpara que tenéis en las manos.

Aterrorizada, la madre de Aladino se desmayó. En cambio, el muchacho, que ya conocía el poder de los genios por lo que le había sucedido, respondió con voz firme, a la vez que tomaba la lámpara que su madre abandonara:

—Quiero comer.

Al punto desapareció el Genio. Pero un momento después regresaba con delicados manjares, que dejó encima de la mesa. En seguida, se desvaneció.

Aladino cuidó ante todo de retornar a su madre. La pobre mujer no comprendía lo que había pasado. Sin embargo, como la comida se ofrecía tan apetitosa, dejó para luego el enterarse bien de ello; y, en compañía de su hijo, hizo honor al inesperado banquete.

Más tarde, cuando al fin comprendió lo que realmente había sucedido, imploró a Aladino que se desprendiera de la lámpara y del anillo. No le gustaba tener tratos con genios, que le parecían seres infernales. Pero, como es natural, el muchacho se negó a hacer tal cosa. Con los dos raros objetos podía obtener cuanto se le antojara y comprendió también que el brujo africano hiciera tantas atrocidades para poder ser dueño de una lámpara, como la que ahora obraba en su poder.

Así, pues, la conservó y cada vez que sus recursos



UN MOMENTO DESPUÉS REGRESABA CON DELICADOS MANJARES...

agotaban, frotaba la lámpara maravillosa, aprovechándose de cualquier ausencia de su madre.

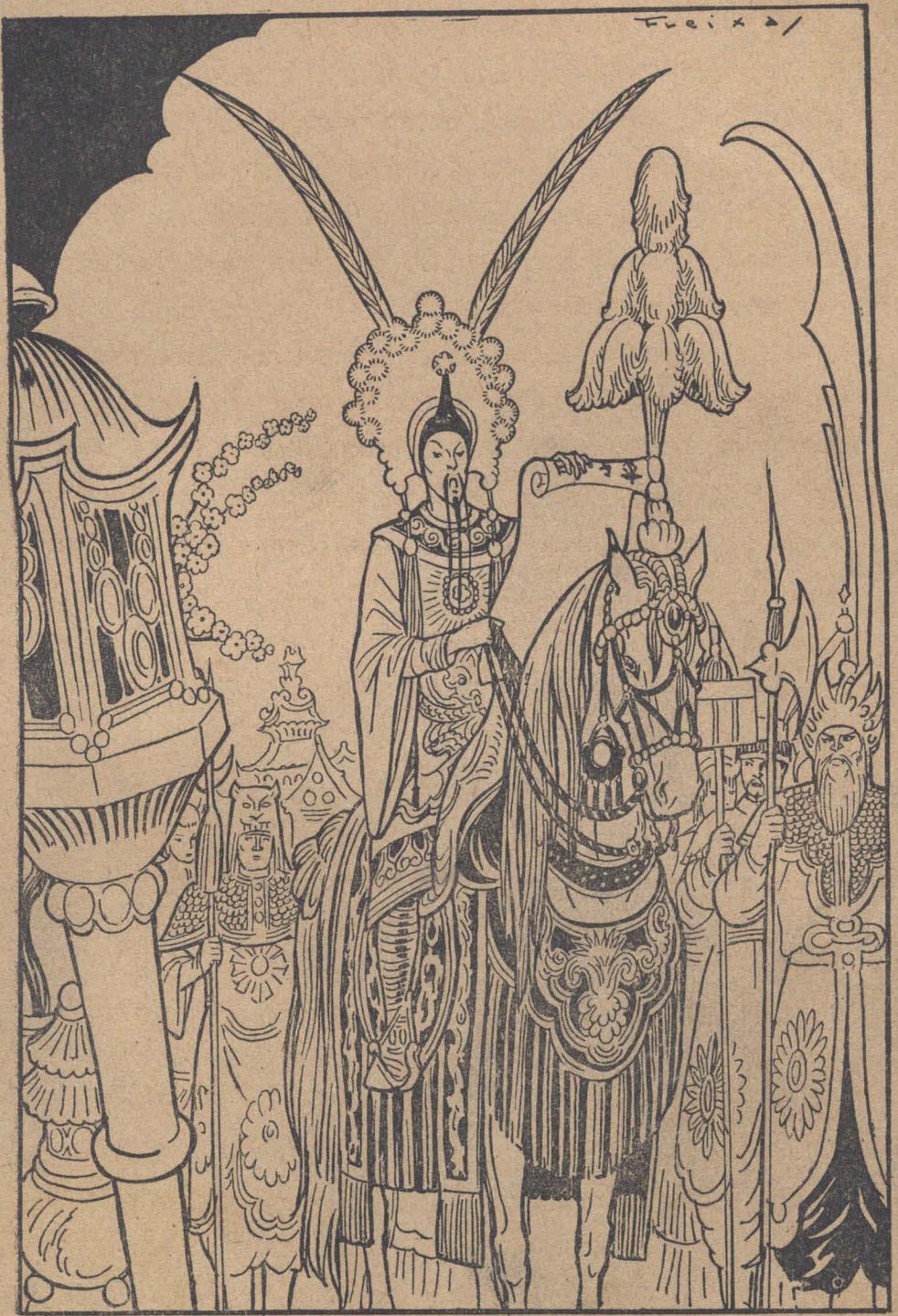
El Genio de la Lámpara se presentaba dulce y sumiso, pues Aladino frotaba con suavidad y no como la viuda al querer limpiar el objeto mágico. El Genio escuchaba las órdenes, que cumplía al pie de la letra. Generalmente eran siempre lo mismo: peticiones de comida, pues el muchacho no quería abusar de su poder, en tanto no tuviera necesidad de ello.

Y así vivieron felices durante dos años. En este tiempo, Aladino se hizo amigo de las personas distinguidas de la ciudad. Aprendió a comportarse con elegancia y a hablar en un modo escogido. Y, sobre todo, descubrió el valor real que tenían las piedras que trajera del subterráneo y que hasta entonces consideraba como simples cristales de colores.



N día en que Aladino se paseaba por las calles de la ciudad, oyó vocear por los heraldos una orden del Sultán, disponiendo cerrar las tiendas y que todos los habitantes de la capital se metiesen en sus casas, pues la hija del Sultán, la princesa Brudulbudura, iba a dirigirse al baño.

Aladino obedeció, como todos los demás súbditos del monarca. Pero, dominado por la curiosidad, atisbó desde una ventana—que daba justamente enfrente a la misma puerta del baño—y pudo contemplar a la Princesa, que era un dechado de hermosura, elegancia y majestuo-



OYÓ VOCEAR POR LOS HERALDOS UNA ORDEN

sidad. Y tanta fué la impresión que recibió, que quedóse profundamente enamorado.

Durante el resto del día el muchacho se sintió extraordinariamente triste. Como no probó bocado y se mostraba tan pensativo, su madre llegó a advertir su preocupación y se alarmó, pensando que se hallaba enfermo.

Y tanta inquietud demostró, tanto le habló y razonó, que, finalmente, a la mañana siguiente, el muchacho le hizo saber lo que le sucedía: estaba enamorado de la Princesa. Pero también le dijo que había resuelto pedirla en matrimonio a su padre, el Sultán.

La buena mujer quedóse de momento estupefacta. No podía creer lo que su Aladino le decía, mas viendo que hablaba en serio, se echó a reír y le aconsejó que dejara de pensar en semejante locura.

—¡Oh, no, madre mía!—protestó Aladino.—No tengo trastornado el juicio, aunque te lo haga creer el que me atreva a querer casarme con la hija del Sultán. No olvido que soy el hijo de un pobre sastre. Pero así y todo, te ruego que vayas a pedir la mano de Brudulbudura para mí.

Esta vez, la viuda de Mustafá no se rió en lo más mínimo.

—Pero, hijo... ¿Olvidas acaso que el Sultán no se dignará conceder la mano de su hija sino a un príncipe heredero de algún trono?

—No importa. Quiero que vayas a palacio, a pedir la mano de Brudulbudura.

—Supongamos que tenga yo la insolencia de presentarme en palacio para hablar con el Sultán; que pueda llegar incluso a hablarle, cosa muy difícil, como bien sabes... ¿Quién le digo que es el aspirante a la mano de su



ESTA VEZ LA VIUDA NO SE RIÓ

hija? ¿Qué méritos tiene? Además, es menester que lleve al Sultán algún presente para que escuche con benevolencia las demandas de sus vasallos... Y nosotros no tenemos medios para adquirir nada digno de ser presentado al Soberano y, sobre todo, que disculpe mi audaz petición.

Pero Aladino no se arredraba por tan poca cosa.

—No te preocupe el regalo, madre. Ignoras que soy poseedor de joyas de gran valor. Sí, esas que hasta ahora habías tenido por cristales de colores. Yo lo he sabido al frecuentar las ricas tiendas de la ciudad, y no he visto joyas comparables a los frutos que llevé del jardín subterráneo, ni en riqueza ni en tamaño. Vamos, pues, a llevárselas al Sultán.

Finalmente, la madre de Aladino se dejó convencer. Fueron arregladas las enormes piedras preciosas en una bandeja de porcelana, que se cubrió con la mejor tela que le fué posible hallar. Luego, la madre se dirigió a palacio, aunque temblando de miedo.

Con el Sultán estaban ya reunidos los visires, los señores de la corte y muchos personajes que tenían demandas que hacer al Soberano. La pobre mujer se colocó frente a éste para que la viera. Pero como no se atrevió a más, terminó la audiencia sin que nadie le dirigiera ni una sola palabra. Y así pasaron seis días, con la consiguiente desesperación de Aladino.

Por fin, al séptimo día, el Sultán, que se había fijado en la diaria asistencia de la viuda, en cuanto abrió la audiencia, ordenó que fuera llevada hasta las gradas del trono.

—¿Qué te hace venir diariamente ante mí? ¿Tienes algo que pedirme?

Animada la madre de Aladino por el bondadoso tono del Soberano, se prosternó dos veces y contestó:

—¡Señor de todos los creyentes! ¡Primer monarca del mundo!... Antes de exponerte lo que hasta aquí me ha traído, te suplico me perdones el atrevimiento y la audacia de la demanda que voy a hacerte.

Semejante principio excitó grandemente la curiosidad del Sultán. Ordenó que saliesen todos del salón, para que la mujer, que tenía a su pies, pudiera hablar con toda libertad.

Así lo hizo luego la viuda de Mustafá y el Sultán escuchó silenciosamente cuanto le dijo. No se encolerizó ni burló ante la osadía de Aladino. Pero antes de responder, preguntó:

—¿Qué es eso que guardas con tanto esmero bajo ese lienzo blanco?

La viuda, por toda respuesta, quitó el paño y presentó la bandeja de piedras preciosas al Sultán, dejando a éste maravillado ante la fantástica riqueza que se le ofrecía.

—¡Es imposible que haya en el mundo una colección de joyas parecida a ésta!—dijo, cuando la sorpresa le dejó hablar.—Este regalo es digno de mi hija Brudulbudura y me predispone favorablemente hacia quien lo envía. Sin embargo, buena mujer, te pido tres meses para reflexionar. Vuelve, transcurrido este plazo y te daré mi respuesta.

La viuda de Mustafá hizo una nueva reverencia y volvió a su casa, loca de alegría.

Pero su júbilo no fué nada, comparado con el que sintió Aladino, cuando supo el resultado de la entrevista. El joven se consideró el más dichoso de los hombres y para demostrarlo. llenó a su madre de caricias.



RANSCURRIERON los tres meses del plazo impuesto por el Sultán.

La madre de Aladino, al cumplirse la fecha, fué a palacio y se colocó en el mismo sitio en que la viera el Soberano la vez anterior. Este, que la reconoció al punto, hizo que se acercara en seguida.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

—¡Oh, señor!—contestó la viuda de Mustafá, tras una profunda reverencia.—Hoy termina el plazo de tres meses que fijaste para darme tu respuesta. Y yo vengo a recordártelo, ¡oh, Soberano poderosísimo!

El Sultán frunció el ceño. Si había diferido tres meses la respuesta, lo hizo confiado en que, pasado ese plazo, ya no se volvería a hablar de un matrimonio que consideraba desigual. Y ahora, habiendo dado su palabra, no sabía cómo zafarse del compromiso.

Consultó al Gran Visir que tenía al lado, sin ocultarle que quería hallar un medio que evitase acceder a las demandas del desconocido pretendiente.

El Gran Visir era hombre astuto y sonrió.

—Pon a tu hija un precio tan alto, exige tantas riquezas al aspirante, que ningún hombre, por opulento que sea, pueda alcanzar la mano de la linda Princesa Brudulbudura.

Al Sultán le gustó el consejo de su Gran Visir. Así, pues, se volvió a la viuda y le dijo:

—Estoy dispuesto a entregarte la mano de Brudulbudura para tu hijo, pero con esta condición: que me presentes cuarenta bandejas de oro, llenas de piedras pre-



PRESENTÓ LA BANDEJA DE PIEDRAS PRECIOSAS

ciosas, idénticas a las de tu primer regalo. Además, esas bandejas serán traídas a palacio por ochenta esclavos, la mitad blancos y la otra mitad negros. Sólo a este precio, podrá obtener tu hijo la mano de la Princesa.

La madre de Aladino se prosternó y se marchó, convencida de que, con aquella petición, su hijo podía despedirse de su sueño de casarse con la Princesa Brudulbudura.

Pero estaba equivocada. Aladino no se preocupó gran cosa ante lo exagerado de la demanda. Y en cuanto se vió solo, frotó la lámpara maravillosa.

En seguida apareció el Genio, preguntándole qué quería.

—La hija del Sultán me ha sido dada en matrimonio— hizo saber el muchacho.—Pero como precio de boda, el Soberano pide que le entregue cuarenta bandejas de oro macizo, llenas de piedras preciosas, como las que hay en el jardín donde estaba la lámpara. También pide ochenta esclavos, ataviados lujosamente, cuarenta blancos y cuarenta negros. Quiero que me traigas todo eso en seguida para llevárselo al Sultán, antes de que llegue la noche.

—Serán cumplidos tus deseos—respondió sencillamente el Genio.

Desapareció y pocos momentos después, entraban por la puerta de la habitación los ochenta esclavos pedidos, blancos y negros. Iban ataviados de tal guisa, que Aladino se quedó asombrado. Y cada uno de ellos era portador de una bandeja de oro cincelado, en la que se veían perlas, rubíes, brillantes y esmeraldas. Mientras Aladino contemplaba aquello, reapareció el Genio.

—¿Estás contento?—preguntó a su amo.



DEPOSITARON A LOS PIES DEL SOBERANO LAS BANDEJAS

—Sí, y no necesito nada más, por ahora—contestó el hijo del sastre.

El Genio se esfumó en el acto.

Aladino llamó entonces a su madre y la pobre mujer se quedó sin habla, al encontrarse con tan brillante comitiva. Su hijo no le permitió, sin embargo, que continuase admirando los esclavos, sino que le pidió que fuera a llevar en seguida los regalos al Sultán. La viuda se apresuró a complacerle.

En cuanto salieron los esclavos a la calle, acudió una inmensa muchedumbre a presenciar su paso, admirando tanto a los propios esclavos como al soberbio tesoro que llevaban en las bandejas.

Llegados que fueron a palacio y al salón del trono, depositaron uno tras otro, a los pies del Soberano, las bandejas de que eran portadores. A continuación, se colocaron a un lado, con los brazos cruzados.

El Sultán estaba estupefacto. No oyó siquiera las palabras de la madre de Aladino, ofreciendo en nombre de su hijo, aquellas riquezas y esclavos, semejantes a reyes por su figura y magnificencia.

Luego, sin informarse siquiera de quién era Aladino, subyugado tan sólo por la magnificencia de que daba muestras, dijo a la satisfecha madre:

—Ve, mujer, y dile a tu hijo que le espero con los brazos abiertos. Y que cuanto más pronto venga, antes tendré yo el placer de otorgarle la mano de Brudulbudura.

No perdió tiempo la viuda de Mustafá en llevar tan grata nueva a su hijo. Aladino se entregó a los mayores transportes de júbilo. ¡Había triunfado!

Después, ya en su habitación, frotó la lámpara maravillosa. El Genio, como siempre, apareció al momento.

hijo de puta <sup>so noo</sup> *ch*



SE SINTIÓ ORGULLOSO DE ABRAZARLE EN SEÑAL DE AMISTAD...

Aladino le hizo saber sus deseos. Quería un baño perfumado, un vestido como no le hubiera igual; cuarenta esclavos para él; seis esclavas para su madre, con un vestido cada una en la mano para su ama. Por último, encargó diez mil monedas de oro.

En pocos momentos, el joven tuvo en su poder cuanto había pedido. Cuando se hubo retirado el Genio, madre e hijo se vistieron ricamente y lo prepararon todo para ir a palacio. Antes, sin embargo, Aladino mandó a un esclavo suyo para que preguntara al Sultán si estaba dispuesto a recibirle.

La respuesta fué que el Soberano lo aguardaba con impaciencia.

Aladino se apresuró a montar a caballo y salió con su lujosa comitiva. Iban en primer término veinte esclavos que arrojaban monedas de oro al pueblo congregado para contemplar la brillante comitiva. En pos de Aladino seguían otros veinte esclavos, y después casi toda la población.

Llegado que fué ante el Sultán, éste bajó de las gradas del trono para recibirle e impedir que se prosternase ante él. La apostura de Aladino le había agradado tanto, que se sintió orgulloso de abrazarle en señal de amistad.

Acto seguido y al son de melodiosa música, pasaron los dos a otro salón. Allí, Aladino y el Sultán comieron solos, aun cuando en presencia de los señores y altos dignatarios de la corte.

Terminada la comida, el Sultán llamó al primer Cadí—juez civil—del reino, para que extendiera el contrato de boda de la Princesa con Aladino, a fin de que el casamiento tuviera lugar el mismo día. Pero entonces, el afortunado joven hizo una petición.

—Aplaza la ceremonia unos días, ¡oh, señor de los creyentes!—dijo al Sultán.—Los necesito para construir un



DIRIGIÓSE AL PALACIO DE ALADINO...

palacio digno de la belleza de Brudulbudura.

El Soberano accedió y le otorgó los terrenos que le hiciesen falta, frente al propio palacio en que entonces se encontraban.

Luego, el Sultán y Aladino se abrazaron de nuevo, en señal de despedida.

El joven, una vez en su casa y solo, llamó al Genio, que no tardó en aparecer.

—Te estoy muy agradecido, Genio de la Lámpara, por lo bien que complaces mis deseos—aseguró Aladino.—Hoy te pediré algo mucho más importante: constrúyeme en el menor tiempo posible y ante el propio palacio del Sultán, otro palacio que supere a cuantos existen, en magnificencia y en grandiosidad. Es para Brudulbudura. Dejo a tu elección los materiales. Que no falten patios extensos y frondosos jardines, y muchos criados. ¡Ah! Y sobre todo y en un sitio que me indicarás, grandes arcas repletas de monedas de oro y plata. Ve, que aguardo con impaciencia.

Despuntaba la aurora del siguiente día, cuando el Genio reapareció ante Aladino y le pidió que acudiera a ver el palacio.

Fué el joven con el Genio y quedó maravillado. Y luego que hubo recorrido el soberbio edificio, afirmó al Genio que había excedido sus mayores esperanzas.

Y lo mismo opinaron luego las gentes, a medida que iban saliendo de sus casas. Unas horas después, entre las aclamaciones de la multitud, Aladino y su madre se dirigieron al palacio del Sultán. Aladino, por supuesto, llevaba consigo su lámpara maravillosa.

Todo el día se pasó la madre de Aladino con la Princesa, quien la obsequió espléndidamente. Al llegar la



—¿QUIÉN QUIERE LÁMPARAS?... ¡LAS CAMBIO NUEVAS POR VIEJAS!

noche, Brudulbudura se despidió emocionada del Sultán, y en compañía de la viuda de Mustafá, dirigióse al palacio de Aladino.

La seguían cien esclavos con vestiduras magníficas y la precedían gran número de músicos y trompetas, amén de cuatrocientos pajes del Sultán con antorchas.

El corto espacio que debía recorrer la joven, lo llenaba un gran gentío que aplaudía y vitoreaba con frenesí: todo lo cual aumentó cuando Aladino salió a recibir a la Princesa a la puerta del palacio, para llevarla hasta la sala donde se celebraba el festín, que había sido dispuesto por el Genio y cuyos músicos y cantantes eran hadas y geniecillos. ¡Ah, qué maravilloso fué todo!

Pasaron unos días felicísimos y el Sultán, cada día más conquistado por Aladino, acabó—luego que pasó algún tiempo—por darle el mando de las tropas que iban a castigar a los rebeldes sublevados en una de las fronteras del reino. Y Aladino supo obrar como un gran general, de manera que el Sultán y el pueblo le adoraban.

Parecía, pues, que la felicidad iba a ser interminable...



**D**ESGRACIADAMENTE, en el corazón del Africa, había un hombre que recordaba a Aladino, a pesar del tiempo transcurrido. Era éste, como habréis adivinado, el brujo africano que tanto daño quisiera hacerle.

El tal brujo estaba convencido de que Aladino había muerto en el subterráneo donde le dejara. ¡Imaginaos, pues, su rabia al descubrir un día, merced a sus medios



EN VANO PROTESTÓ EL INFORTUNADO DE SU INOCENCIA...

mágicos, que no sólo seguía vivo, sino que era el poseedor de la lámpara maravillosa que él tanto ambicionara tener.

Devorado por el odio y la envidia, el brujo africano emprendió rápido viaje a la capital donde Aladino residía.

Al llegar a ella supo que Aladino vivía regimiento e incluso había llegado a Príncipe. El brujo se sintió entonces más rabioso que nunca, pues no tenía la menor duda de que todo debía a la lámpara maravillosa.

Fácil le fué enterarse de que Aladino se hallaba ausente de la ciudad por aquellos días. Aprovechándose de tales circunstancias, el brujo decidió obrar. En efecto, poco después corría por las calles disfrazado de vendedor de lámparas. Voceaba:

—¿Quién quiere lámparas?... ¡Las cambio nuevas por viejas!

Claro está que quienes le oyeron le tomaron por loco. Sin embargo, el brujo sabía bien lo que se hacía, ya que sólo daba voces a la puerta del palacio de Aladino.

Y sucedió que una de las esclavas de la Princesa oyó el extraño pregón, y recordando que en la habitación de Aladino había una lámpara vieja, creyendo hacer un bien, se apresuró a tomarla y la trocó por una nueva que le dió el falso mercader. La esclava, como todo el mundo, ignoraba el valor que tenía aquella lámpara vieja que acababa de entregar.

Así que el brujo africano la tuvo en sus manos, se apresuró a desaparecer, y en cuanto cayó la noche, frotó la lámpara. El Genio apareció al momento.

—¿Qué deseas?—preguntó.—Heme aquí, dispuesto a obedecerte.



LOS DESEOS DE BRUJO FUERON CUMPLIDOS APENAS DICHOS...

El brujo con la voz sibilante por el odio, ordenó:

—Transporta inmediatamente el palacio de Aladino, con todo lo que contiene, a Africa, al lugar de mi residencia. Y que al tiempo que haces eso, me traslades también a mí.

Los deseos del brujo fueron cumplidos apenas dichos. El palacio desapareció, sin dejar siquiera rastros de que jamás hubiera estado allí.

Podéis suponer cuál sería el asombro y la estupefacción de toda la ciudad, y particularmente del Sultán, cuando, a la mañana siguiente, descubrieron lo que había pasado. Nadie podía creer lo que estaba viendo.

El Gran Visir, que siempre se mostraba celoso de Aladino, aprovechó la ocasión para perder a su rival.

—¡Oh, señor de los creyentes!... Siempre creí que Aladino era un hechicero. Si de mí hubiera dependido, la hermosa Brudulbudura jamás se hubiese casado con un hombre de conducta y proceder tan extraños. ¿Dónde estará ahora tu hija? ¿Qué habrá sido de ella?

No hacía falta tanto para que el Sultán, que estaba furioso por la extraña desaparición de su hija, decretase la pérdida de Aladino. Irritado, pues, dió órdenes para que al punto salieran en busca del esposo de su hija y lo apresaran y cargaran de cadenas.

Poco costó dar con el joven. Estaba en las afueras de la ciudad, cazando con unos amigos. En vano protestó el infortunado de su inocencia. Le aherrojaron sin piedad y en esta humillante situación, fué conducido a la capital.

Y ahora veréis cómo el ser bueno siempre encuentra recompensa. Aladino, en su época de esplendor, no había olvidado a los pobres de donde él mismo saliera. Les



SE ABRAZARON CARIÑOSAMENTE...

socorrió en todo momento y siempre que supo de algún dolor, trató de remediarlo por todos los medios a su alcance. El pueblo, pues, le quería.

Por eso, al ver cómo era llevado, esas gentes del pueblo se amotinaron y fueron precisos casi todos los soldados del Sultán para impedir que le libertasen. Pero cuando el Sultán, sin querer escucharle, ni darle cuenta de lo ocurrido, ordenó que le fuera cortada la cabeza, las masas ya no pudieron ser contenidas.

Arrollándolo todo, se manifestaron tan amenazadoras y dispuestas a libertar a su querido Aladino, que el Sultán comprendió que iba a tener un serio conflicto si no revocaba la orden.

Suspendió, pues, la ejecución e hizo más aún: dejó en absoluta libertad a Aladino, si bien con la orden de desaparecer del reino.

Pero el joven no se avino a ello. Al contrario, rogó al Sultán que le explicase el motivo de su repentino enojo contra él.

Cuando el Soberano le hizo sabedor de la desaparición del palacio y de su hija, Brudulbudura, Aladino fué presa del mayor dolor.

—Nada sé de lo ocurrido, señor de mi vida—declaró, cuando se hubo tranquilizado un poco.—Pero te pido cuarenta días para devolverte a Brudulbudura. Si pasado este plazo no lo consigo, volveré para poner yo mismo la cabeza en el tajo del verdugo.

En seguida, Aladino abandonó el palacio y la ciudad. El pobre joven no sabía cómo cumplir sus propósitos ni el modo de orientar sus pesquisas, pues, como sabemos, ignoraba absolutamente lo ocurrido.

Por tres días, anduvo vagando por campos y pue-



ALALINO SALTÓ DEL LECHO...

Pocos días después, observando el decorado, la falsa Fátima, sugirió a la princesa, que en la cúpula de la sala se colocara el huevo de un águila blanca, que tenía su nido en la cumbre más alta del Cáucaso.

Brudulbudura pidió a Aladino que lo obtuviese y éste, deseoso de complacerla, llamó al Genio de la Lámpara y le transmitió el pedido de su esposa. Pero el Genio, en lugar de obedecer, esta vez lanzó un grito de furor y bramó:

—¡Traidor! ¿Aún te parece poco lo que hemos hecho por ti, que quieres ahora que los esclavos de la lámpara te traigan a su propio dueño y señor, pues eso es el huevo que me pides? Ello me desliga de tus órdenes y no te castigo porque sé que todo se debe a un brujo, hermano del otro que mataste, que mora en tu palacio, disfrazado de Fátima, y no a ti.

Aladino se apresuró a obrar. Fingiéndose enfermo, hizo llamar a Fátima para curarlo y al aparecer el malvado brujo, que empuñaba ocultamente un puñal, Aladino saltó del lecho y le mató con su propia arma. A continuación, contóle a Brudulbudura, lo sucedido y ésta lo abrazó feliz de haberse librado de un gran peligro.

A partir de entonces ambos fueron muy felices.

BIBLIOTECA ESCUELA  
DE MAESTROS



# COLECCION

## Historia y Leyenda



Como lo indica su título, en esta nueva colección publicaremos los más famosos episodios históricos y leyendas célebres. Su lectura brindará un momento de ocio a los niños y mayores, pues mientras éstos tendrán ocasión de recordar hechos casi olvidados, los mayores hallarán la oportunidad de sumergirse del mismo tiempo, por la forma documental que presenta esta colección, en la que colaboran prestigiosas firmas de autores y dibujantes. Cada tomo aparece en tipos grandes y modernos, de fácil lectura, contiene numerosos dibujos a pluma y dos laminas y portada a todo color. Como en todas sus publicaciones, EDITORIAL MOLINO se comete a una verdadera creación.

### PUBLICACIONES

JUANA DE ARCO, por José María...

### ARTISTAS

CRISTOBAL COLON, por...

Precio del Ejemplar en Cartón...

Argel 245

BARCELONA

Brosia 1650

BENOS AIRES

